

el escuálido galope con que cruzan el tiempo,  
perseguidos, en el viento, por los carabineros,  
y los balazos solitarios que remecían la noche,  
en que anidaba, mirando, mi corazón de niño.

.....

Pero he de regresar junto a los ríos intrépidos,  
a los bosques que, bramando, bajan del cielo líquido,  
junto a los frondosos huracanes del sur;  
donde los arroyos jóvenes se desnudan bajo los robles;  
donde ya los indios agrupan sus voces despertando el cielo;  
donde los campesinos reúnen ya sus manos ajadas;  
ahora que el viento robusto crece  
y se derrama entre banderas rojas que hierven,  
ahora he de volver.

Los poemas «Héroes de Lonquimay» y «Atmósfera de la prisión», en que la amarga emoción de lo real surge intacta de las imágenes nuevas y sin extravagancias, ocuparían un sitio honroso en cualquiera antología hecha con espíritu de selección, y no con miras comerciales, como se hacen generalmente en Chile.

Este libro de Gerardo Seguel no ha tenido en el país la resonancia que sus méritos hacían esperar. O no lo han comprendido los que entre nosotros pretenden hacer un oficio de la crítica literaria, o deliberadamente han callado por lo mucho que hay en él de arresto libre y generoso. No tiene otra explicación el silencio con que inútilmente han querido dañarle.—CARLOS PRENDEZ SALDÍAS.



<https://doi.org/10.29393/At142-82JUEG10082>

EL GRECO («El visionario de la pintura»), por Ramón Gómez de la Serna.

Existen varios Ramones: Ramón «cicerone» del Rastro, el Ramón de las greguerías, Ramón el de Pombo, Ramón conferenciante de circo. Hay un Ramón novelista «en grande» y un Ramón

novelista «en falso». También tenemos un Ramón ensayista, un ensayista que entre guasa y guasa nos dice cosas serias y profundas.

Gómez de la Serna ha dicho alguna vez—no es difícil creerle—que él no sabe seleccionar. El Ramón de mejor calidad lo podemos encontrar en las páginas de la Revista de Occidente. Como ensayista y crítico de literatura y artes plásticas, Gómez de la Serna cuenta a su haber con un volumen sobre «Azorín»; una explicación del arte de vanguardia: «Ismos», y con estudios excelentes y amenos sobre Goya y Picasso.

En todo intelectual español contemporáneo se encuentra casi siempre realizado o en potencia, a un crítico de pintura. Ortega y Gasset, Baroja, Salaverría, Azorín, Cossío, A. Espina, C. Barga, Eugenio D'ors, etc. La crítica resultará un poco literaria, pero no por ello falta de interés. El Ramón crítico de artes plásticas ha resultado excelente y parejo. Para probarlo bastaría releer su «Goya» y «Picasso» y sobre todo este magnífico «Greco».

En «El Greco», Ramón está bien en todas sus páginas, como esos toreros que aciertan—en una tarde excepcional—en toda las suertes.

Ramón dedica en el presente libro sus greguerías eufóricas, a tres temas esenciales: Toledo, el Greco y su pintura.

Gómez de la Serna se coloca espiritualmente en todas las posturas imaginables—sobre escaleras y bajo sótanos—para recuperar la Toledo que conoció el genial cretense.

«Toledo está cerca del cielo, es una ciudad aviadora». (Págs. 38).

«Está tan llena de sacerdotes que corre la voz de que cada habitante dispone de siete misas diarias para él solo».

«El acento de España estaba en Toledo, como si el cirio supremo ardiese en su cúspide». (Pág. 41).

«Sobre esa muela del juicio pintó el Greco».

«Toledo es galería exigente de fotógrafo loco». (Pág. 42).

«Construída sobre una piedra lunar». (Pág. 45).

«Acababa de ser injusta con Toledo la historia, y el Greco la quiso hacer Corte de cielos, ya que no podría volver a ser Corte de las Españas». (Pág. 153).

«El caudillo de piedra que es Toledo, flechero sin tregua, incapaz de los paganismos que dulcifican la vida». (Pág. 152).

«Se podría decir que España lleva clavado en el pecho, el puñal de pedernal de Toledo». (Pág. 152).

Gómez de la Serna hace gala de sus facultades excesivas de *gran notario del Rastro*, cuando cumple el inventario de lo que pintó Doménico Theotocopuli. Los ángeles, las nubes, los santos, los cielos, los Cristos, y por sobre todo esos pálidos caballeros españoles que querían irse apresuradamente al cielo, después de haber descubierto y conquistado a las Américas.

Era difícil conseguir un Proust—¡qué bien se hubiera visto éste en el entierro del Conde de Orgaz!—o un Dostoiewski para novelar a aquellos flacos y angustiados caballeros toledanos que se consumían en la espera de la muerte. Pero el Greco los pintó para siempre, y para que generaciones de novelistas suspiraran por no haber podido seguir los pasos de alguno de ellos por las estrechas callejuelas de la ciudad.

No dió España, ni lo ha dado, un novelista de la clase alta. No existe ni ha existido el gran novelista de los grandes de España. Don Quijote es un hidalgo, pero pobre, como Cervantes. El Greco es pintor de aquellas vidas inéditas y misteriosas.

Los personajes pintados por Theotocopuli, aparecen ante Ramón como encontrados en el Rastro.

«España es un museo de seres de proyectos, de cuadros inmortales». (Pág. 59).

«Tipos de carácter en España. En otros sitios se hieratizan, se vuelven tipos genéricos, se embozan en su categoría, en el signo de su profesión». (Pág. 60).

«Pobres españoles de entonces, lívidos de no poder soportar su grandeza excesiva». (Pág. 61).

«El secreto pavoroso de los frailes del Greco es que no lleven capucha de capuchinos, sino capucha de desenterrados, capucha de mortaja». (Pág. 62).

«Seres amortajados y que miran la cruz en el delirio de su muerte, salidos del cajón en una última incorporación para el cuadro». (Pág. 62).

«Esa carne de catarro mal curada, de remordimiento por todo, de ver luces de infierno por entre las hendiduras de la vida, está pintado por el Greco de mano maestra, como doctor de agonías, como observador de contemplativos, como abrejos de cadáveres—no siempre iba a ser cerrarles los ojos—. (Pág. 63).

«En este pueblo de caracteres criminales, de individualidades llenas de alma hasta el fanatismo, las fisonomías tienen esa fiereza y esa personalidad que conviene a los pintores». (Pág. 63).

«Cada uno creía en su Dios, reunía toda su energía dispersa para cuadrarse ante El, se asesinaba con su espada para salvarse». (Pág. 64).

—¿Había calles por donde pasaron?—les preguntaba el Greco.

—Estaban las calles sólo, porque veníamos a ser testigos de que estaban—respondían». (Pág. 67).

«Se temía el final del mundo todo los días y entraban sigilosos en las iglesias, buscando su sombra con lucecitas, fuegos fatuos de ellos mismos». (Pág. 79).

«Los Cristos del Greco hacen un gesto con las piernas, con el cual parecen ascender, dando un salto al cielo, tomando impulso en la cuña en que reposan los pies para distenderse con ese gesto alado». (Pág. 83).

Ramón se remonta a Isaías, cuando nos hace el balance de los ángeles pintados por el Greco.

«Angeles que tenían cada uno seis alas, con dos cubrían sus rostros, con dos sus pies y con dos volaban. Las potestades—una especie de ángel—son serias, pero de pecho alto y fuerte, teniendo las alas galoneadas».

«Pintaba nubes con capricho de alas, nubes como lienzos rotos del cielo, nubes muertas, nubes encabritadas, nubes con rotos que enseñaban el corazón del azur.» (Pág. 86).

A todos esos caballeros vivos del «Entierro» ... los tiene matados el muerto; el conde de Orgaz se los llevó con él a la tumba; están matados en su retrato; todos están tan muertos como él». (Pág. 99).

Gómez de la Serna piropea a sus pintores, los coge de un hombro y los *gregueriza*. Goya era «el indígena ibérico», Picasso el que llevó las botellas de «Anís del mono» a la pintura, el mecánico de la pintura, con cara de mecánico.

¿Por donde sale—porque Gómez de la Serna es un escritor de salidas—por donde sale esta vez, fisiológicamente opuesto, rechoncho, prieto y jubiloso, al hablarnos de aquel otro solitario de Toledo, flaco y angustiado?

«Quiero sostener que el Greco vino a España, porque en Creta su país natal fué el primer sitio en que se alancearon toros.

... El secreto de la venida del Greco a España es que vino a los toros». (Pág. 8).

«Tanteó en las tinieblas, encendió luces en escaleras, estranguló con las golas a caballeros que después de la muerte remató, miró hacia cielos de moribundos, reconoció vírgenes tísicas y de ojos enormes».

«El Greco hizo las mejores camisas eternas, los saltos de cama ideales ...». (Pág. 147).

«El Greco salvó mortajas y las sábanas de todos los seres en supuesto olor de santidad». (Pág. 151).

«En una palabra, sentía el miedo de España». (Pág. 144).

«El Greco pintó escondiéndose detrás de los biombos de sombra viendo como todo lo espiritual lucía frente a su espionaje». (Pág. 131).

«No hay mañana que deje más parado ante no se sabe qué, que la mañana de Toledo. El Greco la aprovechaba para cazar caballeros». (Pág. 136)

«Inventó el ballet de los cielos, el ballet de rogativas, el ballet del Apocalipsis». (Págs. 156).

«El Greco comprendió el terciopelo, la única piel que el hombre ha creado; piel de pensamiento y de miedo, piel de magistrado y de dama adúltera, piel de estrado, que oculta diablos; piel de caballero que muere de importancia». (Pág. 134).

«El Greco enamorado y poseído por ese estado de un pueblo en pompas fúnebres». (Pág. 152).

«Era desenterrador de personas vivas». (Pág. 68).

«Venecia lo desorientaba en su afán, sonaba a banquetes, a adulterio, a un festejo del que había que buscar mucho los salones para poder ver una mujer desnuda de la que sólo se encontraba a duras penas, la hermana». (Pág. 18).

«¿Quién es el pintor entre tantos retratos?

Lo buscaremos siempre, le estarán buscando siempre—y siempre dudosos—los que vengan». (Pág. 55).

«El Greco oponía a la vida su cabeza en punta y sonreía como un sifón genial».

«¡Oh, gran pintor de bacalaos celestiales!». (Pág. 163).

«El Greco» de Ramón Gómez de la Serna, es sin duda alguna, el más ameno y conseguido de todos sus libros. Todas sus páginas permiten y exigen la doble y la triple lectura.—JUAN URIBE-ECHEVARRÍA.



### EL PRIMER HIJO, por *Luis Durand*

Luis Durand ha publicado tres libros de cuentos. «El primer hijo» es su tercera novela. En éstas el autor maniobra con bambalinas y telones de ciudad, en aquéllos respira la libre na-